

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SOÑADORES EL FUTURO CON OCIO

Son muchas las civilizaciones que se nos proponen o anuncian, o que ya estamos viendo. Se habla de la segunda revolución industrial, o de la tercera, al mismo tiempo que se habla, o ya se va dejando de hablar, de la sociedad o civilización de consumo. Se nos dice que importa mucho menos el llamado «nivel de vida» que la «calidad de vida» —lo que sin duda es una verdad como un templo—, pero no va a ser fácil ponerse de acuerdo acerca de en qué consiste ésta. Hace pocos días leía un servidor una entrevista que le hacían a Emmanuel Berl, en la cual el autor de «Muerte del pensamiento burgués», después de confesar que, interrogándose sobre el porvenir de la civilización, y que a dónde nos conduciría la velocidad y las máquinas, asegurando que desde su juventud ha desconfiado de la industrialización creyendo que la industria en ningún caso se podrá desarrollar indefinidamente, subraya que «la industria ya no es amada como lo era cuando nació». Y recuerda los días de sus abuelos, en cuya fábrica de camisas de hierro, en el último tercio del siglo pasado, las condiciones de trabajo eran «absolutamente terribles», mientras que los campesinos de la región disfrutaban de una vida que no se podía llamar miserable. «Sin embargo, todo el mundo quería ir a la fábrica. Había en ello alguna cosa que sobrepasaba las leyes de la economía, algo profundo: nuestra sociedad se había enamorado de la industria».

En los países de emigración, como en mi Galicia, hemos conocido, y estamos conociendo, situaciones semejantes —aunque muchos hayan tenido, y tengan, necesidad de emigrar. Berl cree que estos fenómenos son misteriosos, que no se sabe cómo una sociedad se enamora del nacionalismo o de la industria, pero está seguro de que tales amores no son eternos, y añade que si los países desarrollados de la que llamamos civilización occidental pierden su pasión por las máquinas, esto tendrá repercusiones en todas partes. Una moda distinta nacerá, que Berl espera que sea la moda de la simplicidad. Es decir, si he entendido bien, una civilización de lo sencillo, la única que podrá devolver a las gentes las dosis necesarias de alegría. Ahora bien: esta moda, esta civilización, ¿va a suponer, por ejemplo, que la gente deje de abandonar las villas de provincias y las aldeas para irse a la ciudad, a la gran ciudad, «donde todo es preciso y revocable»? No hay quien lo crea.

Los que meditan sobre estas cosas han dejado de ocuparse del «retorno a la tierra». Ahora, la gran preocupación es el ocio. La semana de treinta y cinco o de cuarenta horas, ya está ahí, y los sociólogos se preguntan cómo va a consumir el hombre sus largas horas de ocio. Ya hay quien filosofa acerca del «ocio útil», pero nadie se aventura a decirnos en qué va a gastar el hombre todas esas horas de vagancia que le caen del cielo. Es evidente que serán

muchos más los partidarios del ocio inútil que los del ocio útil. Si hacemos una pequeña encuesta en nuestro entorno, vemos que los que van a disfrutar de esas horas ociosas no saben lo que van hacer en ellas —responden generalidades: pasear, estar más tiempo con sus niños, pescar, ir de excursión...—, pero a mí ver, lo más importante, ignoran que en el disfrute del ocio haya problema alguno, que haya que inventar algo para consumir humanamente las horas de ocio. Es decir, no sospechan que su vida, la vida humana, pueda ser modificada por el aumento de las horas de ocio, y es muy difícil explicarles eso de que va a haber una nueva civilización, la civilización del ocio.

Supongo que van a ser inventadas muchas cosas para el consumo del ocio, cosas que ahora mismo no podemos prever, porque el futuro aun a corto plazo, al plazo del año 2000, es imprevisible. Si hacemos previsiones partiendo de lo que hoy es moda —imaginando, por ejemplo, la sesión continua de fútbol o del cantante X—, nos equivocaremos seguramente. Por otra parte, en el consumo de las horas de ocio, cuando sean sentidas cosas tales como el ingrediente y perfil de una civilización, no podrán ser gastadas pasivamente: las horas de ocio habrán de ser horas de participación. Creo que ya existe la posibilidad de jugar al golf en un salón, contra una especie de pantalla de cine. Imaginémonos que se

pueda jugar al fútbol contra el equipo de respuesta automática que aparece en una pantalla, o incorporar a una orquesta, o subir al Naranjo de Bulnes de película, perdiendo lo alcanzado si se falla el paso y el gesto... Pero habrá que ver si una participación irreal, como sería cualquiera de las citadas, sería suficiente, que creo que no.

Un sociólogo sueco propone como solución, en un libro reciente, la vuelta del hombre a sus «hábitos eternos». Pero no nos dice cuáles sean, ni si en el jardinero de domingo, en el cazador o pescador, o en el «hobby» artesanal de muchos, aflora la condición antigua del labriego, del hombre venador y pescador de los orígenes, del hombre de la fragua, del alfar y del telar... Todo esto de la civilización del ocio es muy complejo, y quizá los únicos que nos damos cuenta de ello somos los ociosos, es decir, los vagos de afición, a los que no ha destruido nunca la vagancia, porque hemos perfeccionado la ociosidad —que según los moralistas es la madre de todos los vicios: una nueva idea, la civilización del ocio como la civilización del vicio, del pecado—, porque perfeccionamos, digo, la ociosidad propia con la inmensa, varia y consoladora actividad del soñador. Pero ¿es imaginable una civilización de soñadores?

Álvaro CUNQUEIRO

CUESTION DE ELECTRICIDAD UNA TEORIA DE LA NOVELA

DESDE luego, la novela es un género literario eminentemente confuso. Mejor dicho: los parásitos de la crítica y unos cuantos narradores febriles han hecho todo lo posible para organizar la confusión en torno al género. En el fondo, no habla de qué. Ni hay de qué. Digan lo que quieran las cotarras del gremio, la evidencia se impone: la novela auténtica, la novela-novela, es «Los tres mosqueteros». Tuve, en mis tiempos de bachillerato, un profesor de literatura que sostenía esta tesis, y con los años, y con una experiencia benedictina de lector, sólo puedo darle la razón. Aquel señor era un doctor especialista en Derecho Administrativo, autor de sabias monografías acerca de los corregidores y de las Leyes de Indias: don Fernando Albi Cholí se llamaba. Quizá para saber leer novelas como Dios manda se ha de partir del yermo desconsolador del Derecho Administrativo. Quizá, un ciudadano consciente del embrollo jurídico permanente de las instancias, las pólizas, los triplicados, las rutinas burocráticas oficiales, deba de estar en condiciones excepcionales para descubrir «lo bueno» de una novela. Devorada en el descanso de la covachuela, «Los tres mosqueteros» es un libro sensacional. La novela se presenta como una aventura, y ha de ser una novela de aventuras. Pero la cosa se enturbió... ¡Y tanto!

Pongamos que la quintaesencia sea «Los tres mosqueteros». Lo es. Lo demás, por supuesto, serían leves variaciones o manipulaciones sobre el tema: «Guerra y paz», «Los hermanos Karamazov», y, naturalmente, «Rojo y negro», «Papá Goriot» o «Nana». La operación consistía en añadir pedazos desagradables, mejor o peor confeccionados, en los que se combinaba la metafísica recreativa, la psicología «amateur» y el sociologismo de andar por casa. Contra lo que opinan los catedráticos, más «novelas» eran «El Judío errante», «Los miserables» y «María o la hija de un jornalero». Para un alma cándida, un folletín de Ayguals de Izco ha de ser más fascinante que la mórosa delicia de Proust. Proust fue un anti-Dumas: un novelista «malgré lui». Y vino Joyce, para acabarlo de arreglar. Y Kafka, que estaba como una cabra. Más tarde, flotaron las deposiciones anodinas de Robbe-Grillet, de Butor, de doña Natalia. Y más especulaciones. La resignada clientela ha encajado la peripetia con un estoicismo digno de mejor causa. Todos estamos en el secreto de la maniobra. En última instancia, y bien mirado, cualquier individuo que aspire a redactar una novela ha de tener presente un modelo, y ese modelo es «Los tres mosqueteros». O algo parecido.

La novela conspicua y más reciente tiende a distanciarse de «Los tres mosqueteros». Es un error. «Los tres mosqueteros» son un cógulo de estupidez elemental. Nadie lo discute, ni lo discutirá. Pero seducen. La peripetia absoluta siempre es atractiva. De ahí el éxito de Agatha Christie, de Deshiell Hammett o de Simenon. O del señor Mallorquí, y de... La misma novela «rosa» entra en el juego. Una novela «no violenta» —y «no verde» — ¿qué puede ser sino «rosa»? Novelas rosas fueron las

que escribió Federico Urales, y las de la Montseny; rosas, ni más ni menos, las de Folch i Torres; gloriosamente rosas, las de mi paisano —¿vive todavía?— don Rafael Pérez y Pérez, de Quatretondeta. Las novelas serán rosas o verdes, violentas o aparentemente no violentas, pero básicamente estremecedoras. Lo que en una novela no es «estremecimiento» es un postizo. Que el postizo sea más importante, más curioso, más suculento, más divertido o más reflexionable, ya es otra historia. Pero la crispación es fundamental. Ahora lo llaman «suspense», en términos de falacia expeditiva...

Yo no sé si ustedes han oído hablar nunca de don Mariano Cabrerizo. Cabrerizo fue un aragonés que, de joven —casi de niño—, vino a Valencia, y se hizo editor. Eso ocurría entre 1801 y 1813. De su origen traía las ínfulas de «hidalgo» a un país donde la hidalguía siempre ha sido vista con un jocosos escepticismo. Pero se integró, se hizo liberal —en la época de Fernando VII algunos «hidalgos» pudieron ser liberales; luego fueron fascistas—, y emprendió un negocio tremendamente meritorio, que es el de difundir «ideas». Don Mariano se proponía ganar cuartos, pero no sólo eso. A su cuenta hay que anotar algunas operaciones memorables, en papel impreso, para convertir el Romanticismo en una veleidat celtibérica. Rianse ustedes del duque de Rivas y de Martínez de la Rosa: el señor Cabrerizo, con su Chateaubriand, con su Walter Scott, con aquella encantadora novela —1830!— titulada «Los bandos de Castilla o El caballero del Cisne», de Ramón López Soler, abría los grifos de la emoción «romancesca». No era el único, ni mucho menos. Era uno de los primeros. Provinciano y sobrevenido, Cabrerizo competía, desde Valencia, con Madrid y con Barcelona. Si su figura necesitase un complemento de anécdota, podríamos recordar que don Mariano fue padrino de pila de don Vicente Blasco Ibáñez. El anónimo vicario que administró el sacramento no podía prever la extraña conjunción de anticlericalismo que se concretaba ante sus narices. Blasco, en mantillas, era el futuro. Incluso en el asunto de la novela.

Cuando «Los bandos de Castilla» se ofrecían al público, ya se pretendían «innovadores» en un cierto sentido, que es el que ahora nos interesa. «La novela de los "Bandos de Castilla" tiene dos objetos: dar a conocer el estilo de Walter Scott, y manifestar que la historia de España ofrece pasajes tan bellos y propios para despertar la atención de los lectores, como las de Escocia y de Inglaterra...» Y sigue el prólogo de la obra: «A fin de conseguir uno y otro intento hemos traducido al novelista escocés en algunos pasajes e imitándole en otros muchos, procurando dar a su narración y a su diálogo aquella vehemencia de que comúnmente carece, por acomodarse al carácter grave y flemático de los pueblos para quienes escribe...» El galimatías nos induce a pensar en plagios y en más maquinaciones comerciales inmediatas. Con todo, una palabra ilumina la cita: «vehemencia». Aquel extraño chaval conspiratorio y fugitivo que fue López Soler se propuso hinchar a Walter Scott: con su «vehe-

mencia». Ni entro ni salgo en evaluar el resultado. Me limito a constatar el propósito. Y a deducir que, para el primer novelista moderno que produjo la Península Ibérica —un catalán refugiado en Valencia, que escribía en castellano y fue publicado por un aragonés—, la novela era un asunto de «vehemencia».

De «electricidad»: Los núcleos románticos de Valencia ya estaban al cabo de la calle, antes de la venida de López Soler. Cabrerizo y sus asesores, en 1818, ya habían lanzado el prospecto de una «Colección de novelas inglesas, alemanas y francesas, traducidas al castellano», que resumían el cosmopolitismo del momento. Cabrerizo la administraba y la dirigía. Y Cabrerizo —1818: atención a la fecha— dejaba caer esta feliz definición: «La novela viene a ser una máquina eléctrica que el novelista dispone conforme necesitan los lectores para que reciban un sacudimiento más o menos fuerte; pero siempre ha de partir la acción de un hecho verosímil e interesante, y ha de tener por objeto un bien moral...» Lo del «bien moral» lo dejamos a un lado. La referencia a la «electricidad», en cambio, ha de conmovernos. 1818 era —en todas partes, y más en Valencia— puro dominio del candil, del quinqué, de la cerilla. En ese contexto, la noción de «electricidad» adquiría un alcance que hoy no llegamos a entender del todo... De todos modos, lo que el novelista y el editor del novelista se proponían era el «sacudimiento más o menos fuerte...». Una entera y verdadera «teoría de la novela».

Teoría que no tiene nada que ver con Lukács, ni con Goldman, ni con la marxisteria ornamental de los Della Volpe, los Umberto Eco y demás escayolas napolitanas. Y que, al menos, sirve para replicar postumamente —¡con un siglo de antelación!— a Paul Valéry. Valéry es el más insigne de los neuróticos que ha producido la cultura francesa más próxima. No era un loco de atar como Rimbaud, como Baudelaire o Claudel, ni tampoco un loco menor como Gide. Valéry desdeñó la novela porque la novela era, a su real saber y entender —y es famoso el principio—, aquello de: «Eran las cinco de la tarde cuando la señora marquesa salió de su domicilio...» La trivialidad patente de las idas y venidas de una dama de la alta sociedad irritaba a ese aberrante italiano y falso provenzal que fue el poeta parisiense del «Cimetière Marin» de Sète. Los asuntos de cada día no son «novelosos». Lo que Valéry imaginaba que era una «novela» —la marquesa yendo de un lado para otro—, se reducía a una mera «nota de sociedad». Los novelistas que saben a qué atenerse son «románticos». La novela es la gran creación del Romanticismo. Y pensada y proyectada como una prehistórica —paleoéfrica— «máquina eléctrica...» Y si no, la prueba al canto: ¿qué novelas son best-sellers? «Simplemente María», «El Padrino», «¡Oh, Jerusalén!», Tebeos frénéticos... Como «Los bandos de Castilla»...

Joan FUSTER

CUBRA SU VENTANA GALERIA O TERRAZA
CON MODERNISIMOS SISTEMAS DE CARPINTERIA HERMETICA DE ALUMINIO ANODIZADO



FACILIDADES DE PAGO CATALONIA
PORTUGAL, 59 BIS. Tels. 340-55-08 y 340-60-45

¡ ATENCION !
¿ LE GUSTARIA OBTENER UNA RENTABILIDAD DEL 25% - 50%... ?

¡ MOVILICE SUS AHORROS Y HAGALOS PRODUCIR MAS !
PUEDE CONSEGUIRLO INVIRTIENDO: 121.000-180.000 PTAS., O MAS, EN UN NEGOCIO DE RENTABILIDAD DEMOSTRADA QUE LE PROPONDEREMOS.
RECUPERACION Y PLUSVALIA A LOS SEIS MESES - CONTROL DIRECTO DE SU DINERO - BENEFICIOS SEMANALES.
Vd. será el propio vigilante de su inversión, transformada en un fructuoso NEGOCIO EN CADENA, que conjuntamente a otros colaboradores como Vd. se aseguran unos ingresos semanales de carácter extraordinario.

Escriba hoy mismo o mande el cupón.

NEW SYSTEMS DE ESPAÑA, S. A.
P.º San Juan, 97, 2.º, 1.º y 2.º Barcelona-9

NOMBRE: _____
DIRECCION: _____ TELF.: _____
LOCALIDAD: _____ PROVINCIA: _____

VIAJES CONDE
¿ NO SABE ADONDE IR EL DOMINGO ? ...

Domíngotours
¡ venga con nosotros !
resuelve los días festivos con excursiones apropiadas y distintas, incluyendo la reserva en Restaurantes con buena y abundante comida; excelentes autopullmans; visitas, acompañante, etc.

SOLICITE INFORMES Y FOLLETOS
Vergara, 3 (junto Balmes)
Tel. 221 80 74 (3 líneas)
Sucursal: P.º Colón, 18 (AVGAT 15)

VIAJES CONDE

fojncosa
FOMENTO DE INVERSIONES COLECTIVAS, S.A.
COTIZACION DE

PRO/RENTA
INVERSIONES EN EL SECTOR INMOBILIARIO

SEMANA PRECEDENTE - 24-3-73 — 104.111%
SEMANA ACTUAL - 31-3-73 — 104.391%

Solicitud amplia información sin compromiso

Don: _____
Domicilio: _____
Población: _____ Tel. _____

Aribau, 278. Telf. 217 46 66 / 218 74 14
BARCELONA-6